

gion de tinieblas en hermosa habitacion de resplandores. Fundada una iglesia bajo los benignos auspicios de la Madre de Dios; adornada de aquella columna, símbolo misterioso de la estabilidad de nuestra fe; y lo que es mas, fortalecida y apoyada en las promesas de Reina tan poderosa, ¿podrá dejar nuestra España que la seduzcan los lisonjeros preceptos de una ley que halague los sentidos? ¿borrará jamás la alianza que el Espíritu divino grabó con dedo omnipotente en sus entrañas, escribiéndola con caracteres indelebles mas duraderos que el diamante? ¿será posible que quememos incienso á Dagon, ni que adulteremos con las naciones estrañas? No es creible que una nacion preelegida, una nacion amada y distinguida entre todas las del universo con los amores, las ternuras y real presencia de la Madre de Dios, llegue alguna vez á ser ingrata á su Hijo. Las puertas del infierno se conjurarán contra nuestra constancia, vendrán siglos en que se verifiquen de la Iglesia de España las tristes profecias que dejó escritas S. Juan en su Apocalipsis. Pero aquel gran Dios que nos dió á Santiago por doctor de su ley, que hizo descender sobre nosotros la lluvia soberana de sus luces, y que finalmente nos puso bajo la proteccion de su misericordiosa Madre, ese mismo Dios será siempre nuestro Dios, y nosotros seremos siempre su pueblo. Los españoles tendremos siempre el escudo de Maria, y con su amparo seremos eternamente la nacion dichosa, el pueblo de Dios, la heredad del Todopoderoso y el objeto de sus beneficencias. Tanta dicha merece sin duda alguna una particular gratitud de parte de los españoles; pero esta no debe reducirse á solas palabras ó vanas admiraciones. Las buenas obras son el único testimonio de la sencillez, de la voluntad y de la rectitud del corazon.

El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas, y el mismo que el dia VII, pág. 133.

MEDITACION.

Sobre los particulares favores con que Maria, santisima ha protegido siempre á España.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la firmeza y estabilidad en la fe que ha manifestado siempre esta provincia en el mundo, debe por la mayor parte su origen á la proteccion y piedad de la Reina de los ángeles, que la ha mirado con especial cariño, y que con sus súplicas la ha alcanzado de su Hijo, cuando otros mu-

chos pueblos padecieron naufragio en los tiempos calamitosos.

Dejando aparte aquella solemne promesa que hizo á Santiago de perpetuar nuestra fe, diciéndole cuando se le apareció: *Esta columna permanecerá en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca fallarán en esta ciudad verdaderos adoradores de Jesucristo*, ¿á qué otra cosa podemos atribuir la estraña diversidad con que nuestra España se portó con el primer predicador del Evangelio respecto de las demás naciones del mundo? Porque, ¿qué provincia dió sus oídos mas pacíficamente á la intimacion de la verdad? ¿qué gentes prestaron sus corazones mas blandos y sazonados para plantar en ellos la fe de Jesucristo? ¿quién abrazó con mas amor una ley tan repugnante á la carne y sangre? ¿qué nacion miró con tanto respeto una religion de mortificación y de cruz, que en lo natural habia de ser tenida por las gentes en el concepto de una necedad? ¿qué parte del mundo, finalmente, trató á los discípulos del Señor con tanta humanidad y cortesía? Los romanos crucificaron á S. Pedro, degollaron á S. Pablo y frieron en aceite á S. Juan; los jerosolimitanos despenaron á Santiago Alfeo, su obispo; los armenios desollaron inhumanamente á S. Bartolomé; los frigios crucificaron á S. Felipe; los indios alancearon á Sto. Tomás; los persas martirizaron á S. Judas y S. Simon con los mas crueles tormentos; y á este modo todos los apóstoles recibieron malos tratamientos y la muerte de las mismas gentes á quienes predicaron. Solamente los españoles no martirizaron á Santiago, sino que recibiendo el Evangelio que les predicaba, le honraron, y dejaron levantar una iglesia, que es la del Pilar de Zaragoza, hacerse discípulos, administrar el bautismo, plantar la fe del Crucificado, y formarle un pueblo que habia de preciarse siempre de serlo suyo. Si hubo de beber el cáliz de su Maestro, que con tanto valor afirmó que podia apurar hasta las heces; si hubo de dar el sagrado cuello al cuchillo injusto que le hizo mártir; le fué preciso salir de España, y esta gloria no nos faltará eternamente á los españoles sobre todas las naciones que pueblan el ámbito del mundo. Todos estos efectos maravillosos deben atribuirse al patrocinio de Maria, y á la verificacion de sus promesas. Con razon pudiera aquí esclamarse con las palabras de S. Agustin: *O dulcissima virgen Maria, ¿en vista de tantos beneficios yo no sé con qué alabanzas engrandecerte!*

PUNTO SEGUNDO. — Considera que así como por la proteccion de Maria ha sido el santuario del Pilar exento de los contrastes de la fortuna, de la misma manera nunca pudo la astucia del infer-

nal enemigo destruir la fe del Crucificado, aun cuando pudo alucinar á un español para proporcionarle por medio de una venganza los medios mas oportunos.

Bien sabidas son las torpes astucias de un Prisciliano, y de las infelices mujeres que hacia instrumentos de sus errores. Bien notorio es que los arrianos infestaron de tal modo nuestra Peninsula, que lloraron sus funestas consecuencias no solamente las ciudades asoladas y muchas nobles familias desterradas, entre ellas S. Isidoro con sus padres y hermanos, sino muchos fieles precisados á derramar su sangre por Jesucristo. Tal vez se conservarán todavía los pañuelos empapados en la sangre de nuestra reina Clotilde; y el santo jóven Hermenegildo es testigo de que el error y la crueldad se habian apoderado del trono, y empunaban en estos reinos el cetro. Los nombres de Amalarico, Teudis, Teudiselo, Leovigildo y otros semejantes hacen todavía estremecerse á la religion y á la humanidad. En tiempos no menos calamitosos se vió nuestra España sojuzgada por una gente descomunal y bárbara, profanados nuestros templos, robadas nuestras haciendas, muertos los ciudadanos, prostituidas sus esposas, y sus hermosas y amadas hijas entregadas como corderas á los lobos carniceros.

En medio de tantos trabajos, de tanta guerra, de tanta heredia, de tantas persecuciones y de tanta asolacion, siempre se vió claramente que el brazo de Dios estaba levantado para castigar nuestros pecados; pero tambien se vió que la proteccion de María se interponia como escudo fuerte para defendernos, y hacer que no nos aniquilasen nuestros enemigos Jamás faltaron cristianos que cuidasen del culto de María en su iglesia del Pilar, aun cuando Zaragoza estuvo por muchos siglos en poder de príncipes paganos. Jamás faltaron sacerdotes que ofreciesen en su templo al eterno Padre el Cordero inmaculado. Jamás se interrumpió la serie de sus santos obispos, de los Valerios, de los Braulios, de los Tajones, y otros de igual santidad y literatura. Jamás se suspendieron aquellos concilios en que tuvo la primacia sobre todas las iglesias de España, si se exceptua la de Iliberis. Y mientras Zaragoza poseia con tranquilidad su tesoro, ¿de qué gracias no participó toda la Peninsula ya en tantos obispos santos, sabios y esforzados; ya en tantos mártires nada inferiores en la gloria á los Fructuosos, á los Eulogios y á los Vicentes; ya en tanto concilio en que interesó á un mismo tiempo la religion y gloria de España, y la causa comun de toda la Iglesia; ya en tanto escritor que juntó la verdadera sabiduría con la defensa de la piedad, del dogma y de la

virginidad perpetua de la Madre de Dios; y ya finalmente, en ver restituido su trono al valor, á la nobleza, al mérito y la religion? Todos estos bienes particulares de Zaragoza, y universales á toda España, son una consecuencia de las promesas que hizo María al apóstol Santiago en la portentosa aparicion que celebra nuestra Iglesia. Todos ellos así como son un testimonio de la predileccion con que nos mira la Reina de los ángeles, de la misma manera son un motivo que ejecuta de continuo nuestra gratitud.

JACULATORIAS. — Derramaste, Señor, tus bendiciones sobre una tierra que elegiste para tu posesion, y alejaste de ella las cadenas con que la supersticion la tenia esclavizada. (*Psalm. 84.*)

Con el claro resplandor de tu gracia y de tu santa ley caminarán, Señor, tus gentes por los senderos de esta vida, y en nada se gloriarán ni se regocijarán sino en tu nombre sacrosanto. (*Psalm. 88.*)

PROPOSITOS.

Habiéndose visto en las precedentes consideraciones que en la aparicion milagrosa del pilar fijó el Espíritu Santo la divina ley en nuestros corazones con caractéres que no se borrarán jamás; que Dios quiso ser nuestro Dios, y que nosotros fuésemos su pueblo; y últimamente, que eligió á su santísima Madre para dispensarnos estos soberanos beneficios, está visto que los españoles tenemos una grande obligacion á esta soberana Reina. El serla agradecidos es lo mismo que ser cristianos; las obligaciones de la fe son las mismas que las de su amor. Si nos ama como á hijos, ¿no deberemos servirla como á madre? Si nos favorece como á predilectos, ¿no deberemos señalarlos entre todos los fieles de la tierra en materia de agradecidos y obsequiosos? No se puede dudar; y el modo de agradecer las amorosas demostraciones de esta dulce Madre, es servir sin reserva á su Hijo. Así lo deseo, Madre amorosísima, y así os lo prometo; pero para este efecto alcanzadme del Espíritu Santo aquellos dones divinos con que fortaleció el corazon de los apóstoles; aquella gracia poderosa que ilumina el entendimiento, mueve dulcemente la voluntad, y vence gloriosamente la concupiscencia. Tomad, Señora, bajo de vuestra proteccion nuevamente todos estos dilatados paises, y haced con vuestro santísimo Hijo que no prevalezcan en ellos los funestos males y los perniciosos errores de que está inundada toda la tierra. España os mereció hasta

ahora todas vuestras atenciones; vos la prometisteis que siempre permanecería en ella incorrupta la fe de vuestro Hijo: hasta la hora presente vuestras promesas se han verificado. ¿Pero se verificarán igualmente en lo sucesivo? Si miramos á la depravacion de las costumbres que se ha hecho universal; si se atiende á la relajacion de todos los estados y jerarquías de la Iglesia; si se consideran bien los progresos que por todas partes hace el error, no se puede dudar que no encuentra el entendimiento humano sino multiplicadas causas de temer. Tanto pecado, tanta maldad y tanto delito tienen la fuerza suficiente para suspender el curso á vuestras promesas; pero espero que sin embargo no le tendrán para impedir el de vuestras misericordias y piedades

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

SAN EDUARDO, rey, en Inglaterra, el cual murió á 5 de enero; celébrase su fiesta en este dia en que fué trasladado su cuerpo. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN CARPO, discípulo de S. Pablo, apóstol, en Troade (ó Troas), ciudad del Asia menor. (El mismo santo apóstol le consagró despues obispo de Troas, y estuvo hospedado en su casa segun se infiere de la Carta 2.^a á Timoteo, cap. 4, vers. 13, en la cual dice lo siguiente: «Tráete contigo á la venida el capote que dejé en Troas en casa de Carpo, y los libros, y mayormente los pergaminos.» Los griegos le tienen por otro de los discípulos del Señor, y probablemente es el mismo en cuya casa estando S. Pablo resucitó al jóven que cayó de la ventana. (*Actor. xx. 10.*) Galesinio dice que sus contemporáneos le dieron el título de *Miel ática*. S. Dionisio el Areopagita hace de él extraordinario elogio en su carta á Demófilo. Segun cierto escritor antiguo, murió en santa paz á últimos del siglo I.)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FAUSTO, JANUARIO ó GENARO, y MARCIAL, en Córdoba en España; los cuales primero fueron atormentados en el caballete, despues les arrancaron los dientes y les cortaron las cejas, las orejas y las narices; y al fin consumaron el martirio siendo quemados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN FLORENCIO, mártir, en Tesalónica; el cual despues de haber padecido muchos tormentos, le quemaron (por fin en un horno encendido.)

SAN COLMANO ó COLMAN, mártir, en Austria. (Era escocés de nacion y de sangre real. Habiendo padecido cruel muerte en la ciudad de Stockeraw, á seis leguas de Viena, de paso para los lugares santos, y en vista de los milagros que obró el Señor por su intercesion, la Ale-